

FUNCIONES SIGNICAS Y ANALISIS

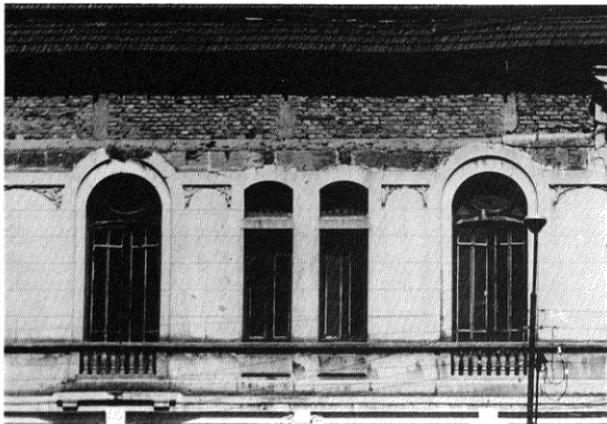


Fig. 7. Detalle de ventanas. Edificio Castillo esquina Barros Arana, Concepción.

Svenn Hesselgren (21) ha dicho que la arquitectura está constituida, a lo menos, por dos niveles íntimamente articulados. El primero está constituido por la realidad figurativa y ciertamente material de la obra como presencia y cosa en sí. El segundo lo constituye el valor cultural agregado, que se ofrece y libera con el uso social que se le da a ese mismo objeto en la sociedad².

Esto último desencadena un proceso histórico de reinserciones semánticas que trascienden las circunstancias concretas originales y propias del objeto. Una cuchara, por ejemplo, no sólo sirve para sorber la sopa o el café, sino nos informa rápidamente de qué manera ha de realizarse aquello. Además de informarnos, previo acondicionamiento de uso, acerca de sus funciones, nos entrega a través de su forma, su disposición y construcción especiales, la naturaleza del material que la constituye; por ejemplo, su fasto o su sencillez, y así un significado que le otorga un valor social y cultural determinado. La forma, con su disposición y destinación especiales, obtiene y determina un significado, cambiante, variable, en ocasiones hasta mutante (3).

Ferdinand de Saussure y sus formulaciones técnicas en relación a problemas lingüísticos básicos, relacionados con la semántica de los signos verbales y discursivos, ofrecerá un modelo de apoyo en la lectura significativa de la ciudad. Al distinguir los principales ejes del lenguaje verbal, aquel primario discursivo que fluye y se organiza sintagmáticamente en proposiciones continuas, y aquel

otro asociado a cada palabra que nos trae el recuerdo de significados relacionados con el ritmo y los sonidos de la misma, ofrecerá al lector la posibilidad de reconocer en el vocablo existente y sus articulaciones otras intenciones, con las cuales enriquecerá y variará incansablemente el discurso inicial. Esta confluencia de ejes sintagmáticos y paradigmáticos aplicados al análisis de la columna y sus órdenes, nos permiten descifrar y destacar los valores semánticos incorporados a la arquitectura. La unión de significantes y significados permitirá, además, explicar posteriormente las intenciones semióticas de las formas arquitectónicas modernas y abstractas. Cualidades denotativas y connotativas ofrecerán la posibilidad de destacar y reconocer funciones primarias y secundarias, y los trastocamientos correspondientes de significado².

Para ayudar a un observador que recorre la ciudad y quiere mirar mejor y con más detenimiento sus espacios y la calidad de sus arquitecturas, sugerimos entonces que distinga las funciones tradicionales del signo, ya consagradas en la semiótica y las aplique a sus particulares vivencias: la sintáctica, la semántica y la pragmática. Ellas condicionarán ciertamente un ojo semiótico, escrutador e indijivo.

Con la sintáctica observaremos la expresión directa de las cosas ante nuestros ojos. Será aprehender la causa formal exterior de una imagen como cosa en sí. Comprender la sintáctica, el plano exterior y expresivo del signo. Aquello que lo concreta y determina en sus cualidades materiales y formales constitutivas.

Las manifestaciones exteriores de nuestro entorno son de primera importancia y conforman la realidad material de la sintáctica. El hormigón armado, por ejemplo, se presentará generalmente con su color gris característico y todo el mundo identificará este color con este material. Llega, por otra parte, a ser difícil imaginar un ladrillo tradicional que no fuera de color rojo o sieno, muy similar a la factura de la teja campesina chilena. La madera también ofrece su color natural y su textura de fácil identificación. Materiales, elementos de construcción y estructuras tienen, por tanto, una presencia visual que se recuerda identificándolos con facilidad, incluso si están pintados o tratados exteriormente.

Pero la sintáctica no sólo se refiere a la expresividad visual de los materiales. Apela también a sus cualidades formales, de cómo se constituyen exteriormente las formas, se organizan sus cualidades individuales de percepción en unidades mayores configurando totales. Estudia, entonces, el ordenamiento perceptual de las formas y reconoce en la composición estas cualidades de parte, relación y todo (28).

Color, líneas, forma, luz y textura, relaciones de fondo y figura, articulación y agrupación, simetrías, trazados reguladores y modulaciones pertenecen a este campo de cualidades y referencias, que constituyen los fenómenos perceptuales básicos con los cuales miramos el mundo de los objetos, los artefactos, los edificios y las ciudades. Estas cualidades básicas de la expresión de los signos arquitectónicos, son también básicos en el proceso semiótico. En la arquitectura la ventana (Fig. 7), el balcón (Fig. 8), el alero, la puerta, el entramado, el muro, el zócalo y la cumbre, para nombrar sólo algunos, son configuradores de la sintaxis arquitectónica. Confluirán estos elementos de muy diferentes maneras en las variaciones de la composición, la que sintácticamente puede ofrecer a la ciudad todo el rango posible de lo variado o simplemente repetitivo.

Entenderemos, pues, por sintáctica, el nivel expresivo de las cualidades materiales y formales del objeto. En arquitectura estos objetos transformados en elementos constructivos se perciben articulados y organizados en unidades mayores y totalidades. Deberíamos hablar entonces de una sintáctica—formal que en arquitectura es fundamentalmente el nivel expresivo y la dimensión exterior del signo que, además, queremos transformar en significativo.

La semántica explica el modo por el cual la expresión convertida en signo configura un mundo de interpretaciones



Fig. 8. Oquingo 347, Concepción.

nes y valores propios y específicos constitutivos. Definidos, además, las cualidades asociadas a cosas y objetos que percibimos y usamos cotidianamente. Estaríamos enunciando una relación similar a aquella formulada por F. de Saussure entre significantes y significados, cuya fijación y unión para dar lugar al signo es, como ya se sabe, eminentemente arbitraria. Atar significantes a significados es, a menudo, un acto fundacional categórico y arbitrario. La relación entre sintáctica y semántica resultará congruente sólo durante el periodo cultural determinado en el que el proceso de significación es aceptado como natural y lógico.

Estudiaré la semántica fundamentalmente las maneras como el signo arquitectónico expresará la función denotada (Fig. 9). Definirá las cualidades denotativas primarias y connotativas secundarias del signo. Estudiaré, por lo tanto, los cambios de significado, los estados de desajuste y recontextualización de los signos, en un proceso que implica reconocer las unidades significativas del lenguaje y sus posibilidades múltiples de articulación.

El rol social y el uso son lo que hace realmente significativo un edificio en la ciudad. Ciertamente lo más definitorio para la semantización arquitectónica lo constituyen los modelos referenciales y los valores con los cuales la sociedad expresa su visión del mundo. De esos valores surgen y se definen sus premisas principales que después traduce en metáforas arquitectónicas.



Fig. 3. Edificio de la Corte Suprema en Washington, D.C. El signo "Columnata", expresa claramente su función asociadora.

La pragmática, como tercera función del signo, proyectará su interés al uso y destinación que se le dará a una obra arquitectónica en sus diferentes partes y niveles de utilización. Nuestras antropometrias, nuestros desplazamientos y aptitudes, exigen transformar el mundo de acuerdo con estas cualidades y capacidades. Opera a este nivel el fenómeno de las convergencias favorables entre una forma y las actividades que pretendemos realizar en o con ellas, y es producto de un diseño inteligente y programado que una sociedad vea satisfecho sus requerimientos funcionales en una expresión formal adecuada.

El uso modifica, revierte, invierte, trastoca y a menudo olvida los significados primeros. Podemos observar este fenómeno en los edificios de mayor uso social en la ciudad, los cuales se transforman en los más representativos. Esto se refleja en la imagen urbana de los ciudadanos que los utilizan para orientarse y que pasan a representar valores de identificación (Fig. 10). Esta calidad de hito referencial, unido a alguna función fundacional de uso social, hace que de pronto un edificio se vea enriquecido con estos valores que traen consigo arraigo y orientación de identidad. Todo esto debe ser destacado perceptualmente por medio de una forma pregnante, una sintaxis única y expresiva. La significación de una obra arquitectónica es entonces una compleja amalgama entre sintaxis y pragmática individualmente relacionadas con un contexto social y cultural predefinido.

Estudia la pragmática, además, la naturaleza de los códigos que se han aplicado en la elaboración de los signos y el grado de inteligibilidad del mensaje. Una adecuación pragmática del mismo siempre implica considerar las mejores, las óptimas condiciones de perceptibilidad del mismo. Ejemplaricemos. La prioridad entre abejas y flores ha sido un problema que la biología ha preferido encarar con el concepto de azar y necesidad. Es evidente que las flores son necesarias y significativas para las abejas donde encuentran su alimento. Y es particularmente notorio que las flores necesitan de las abejas para ser fecundadas. Las señas nectaríferas en las flores de pétalos extendidos indican el camino hacia el ginaceo y corresponden a un específico programa visual, que las abejas, por lo demás, entienden muy bien. La funcionalidad del sistema se presenta codificado. Lo mismo se presentará entre una forma determinada y su uso. Ya declamos que su cualidad denotativa primaria sería aquella referida con claridad a su función. Funciones serían justamente los significados del signo arquitectónico (15). Una forma podrá satisfacer una necesidad aun cuando no será la única forma que pueda hacerla. Un periodo histórico elige sus formas y las semantiza



Fig. 10. Edificio de los Tribunales en Concepción: un hito de orientación en la ciudad.



Fig. 12. San Martín 735-758. Concepción.

de acuerdo con alternativas y opciones no sujetas con rigidez a algún determinismo sintáctico formal. Esto ocurre principalmente con los valores agregados a los signos pertinentes. El uso referenciará siempre la utilidad de las formas y con ello el rol y el significado que ellas tienen en la vida de las sociedades.

Un arco, como construcción mural que cubra un vano entre dos pilares, es signo de signos. La forma de estos signos compuestos determinará que se trate de arcos de medio punto, de herradura de trébol, de abanico, toros de arco lanceolado, acuilado, mitral y de cortina, variaciones fenomenológicas y estilísticas de un mismo signo.

La lectura de la ciudad se puede hacer en series ascendentes y descendentes. Una columna es un signo importante dentro de un portal (Fig. 11), que a su vez es un signo de una fachada. Una fachada es un signo en un edificio (Fig. 12); un edificio es un signo en una calle; una calle es un signo en un barrio; un barrio es un signo en un sector y así sucesivamente. Por eso decimos que en arquitectura y en diseño urbano los signos que percibimos se componen de signos menores, a la vez que componen otros mayores.

El carácter compuesto de los signos arquitectónicos y urbanísticos determinan que ellos sean semánticamente de carácter compuesto y polimórfico. Así, como se integran elementos cada vez más particulares, configuran simultáneamente campos semánticos cada vez más generales.

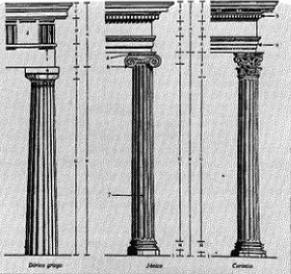


Fig. 13. Ordenes de las columnas: Dórico-griego; Jónico; Corintio; Toscano; Dórico-romano y Compuesto. Pevsner, Fleming, Honour, Diccionario de Arquitectura. Alianza Editorial p. 460.

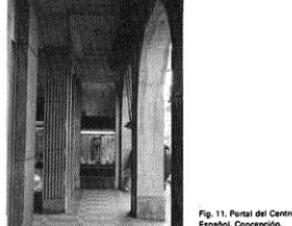


Fig. 11. Portal del Centro Español, Concepción.

Un signo particular podrá ser singular o general según sea nuestro punto de vista. Los criterios pueden ser más analíticos o más sintéticos en su descomposición. Nos desplazamos constantemente en diferentes niveles de articulación, en fenómenos de subdivisión o superización correspondiente (4)⁷.

El fundamental de la semiótica consiste en describir lo que los signos representan culturalmente, cualquiera sea su nivel de particularización, generalización o consenso. La significación de una forma arquitectónica puede ser considerada entonces como un fenómeno de coincidencia de propósitos⁸.

La aplicación del análisis semiótico en arquitectura no es todo fácil. Una ventana, una columna, un portal, una fachada o un edificio entero serán siempre signos compuestos de otros signos. En efecto, la mayoría de los signos que percibimos todos los días en la ciudad son signos compuestos. El signo columna, por ejemplo, se compone de órdenes o elementos constitutivos. Serán: el entablamiento, la cornisa, el arquitebre, el capitel, el fuste, la base y el plinto (Fig. 13). Hay a su vez distintos tipos de columnas: dórica, jónica, corintia, toscana y compuesta, para citar sólo las más conocidas. Si observamos un entablamiento corintio con su arquitebre, su friso y su cornisa, veremos que se compone a su vez de los siguientes órdenes menores: cima, recta, faja, modillones, óvalos (ovas y flechas), dentículos, cima reversa y astrágalos. Un entramado tradicional en madera es también un signo de signos. Encontramos los siguientes componentes: cubrera, codal, traves, camón, péndola, correa, soleras, jacenas, pies derechos y diagonales.

Estamos frente a tres procesos que configuran una sola realidad de uso. Las funciones sintáctica, semántica y pragmática de un diseño se unifican y complementan de acuerdo con cada uno de sus propios imperativos y principios. Evoluimos el significado de las formas en relación directa a estas adecuaciones y dependencias. Al mirar y vivir la ciudad, los usos, las expresiones formales y los significados, no siempre se presentan equilibradamente unificados. En un edificio puede predominar la expresión formal, en otro podrá acentuarse su uso y función y, en un tercero, lo hará tal vez un fachadismo rico en significancias de estilo. El uso no determina unívocamente el significado pero sí lo condiciona y refuerza circunstancialmente dentro de determinadas preferencias culturales. La siguiente frase resume estas circunstancias: la realidad perceptiva de una forma, su construcción y su estructura se torna culturalmente significativa cuando el uso no sólo confirme algún grado de adecuación, sino que ratifica la utilidad social de esa misma forma.

El ciudadano como semantista coherentemente la ciudad cuando considera y descubre que hay una convergencia entre un uso, un destino y una forma. En última instancia, la aceptación cultural de una obra arquitectónica no es otra cosa que una ratificación que creemos que se da entre un uso realizado eficientemente por medio de una forma que sintácticamente nos satisface, por la forma como representa esa buena realización.